

Roma la amistad del Papa Eugenio, creyó que no la podía emplear mejor que en conseguir del Pontífice alguna célebre reliquia (1). Volviendo á Francia quiso autorizarse con nuevo título, y consiguió carta de recomendacion del Emperador Luis; la entregó al preboste de su abadía de San Medardo llamado Rodoi, y le hizo partir á Roma con el encargo de pedir el cuerpo de San Sebastian. Al principio tuvo dificultad el Papa en privar á la Iglesia de Roma de las reliquias tan veneradas de este ilustré mártir, mas no pudiendo negarse al Emperador, cedió por último; y llevada la reliquia á Francia, fue colocada con la mayor solemnidad en la iglesia de San Medardo. Se cuentan muchos milagros que hizo en el camino, y todavía mas despues de su llegada. El preboste Rodoi, mas curioso de conseguir reliquias que su abad, á quien él mismo habia empeñado en esta empresa, no contento con lo que le daban por gracia, se llevó furtivamente el cuerpo del Papa San Gregorio, sobornando con dinero á los que le guardaban. Esto no obstante, se dice que todavía este cuerpo y el de San Sebastian están en Roma, lo que da motivo para presumir que los romanos entregaron á los franceses una parte del uno y del otro, como lo dice espresamente, hablando de San Sebastian, Adon, autor contemporáneo.

33. Eginardo, antiguo secretario de Carlo-Magno, uno de los mas grandes señores de la corte, de los mas virtuosos y de los mayores hombres de su siglo,

(1) *Bolland. tom. 1. 2. pag. 278.*

se tomó igualmente grandes cuidados para conseguir reliquias estrangeras (1). Muerto su poderoso bienhechor, vivia él en su retiro separado de su muger y ocupado en la administracion de muchas abadías. Acababa de edificar la iglesia del monasterio de Michlenstad, entre el Mein y el Nekre; y deseando conseguir las reliquias de algun Santo á quien dedicarla, envió á buscarlas á Roma. Pasaron sus comisionados por Soissons, y se llevaron por compañero un sacerdote llamado Hun; y llegando á Roma las buscaron en los cementerios fuera de la ciudad, y se llevaron secretamente los cuerpos de los Santos mártires Pedro y Marcelino (2). El sacerdote de Soissons, que creyó no estar obligado á la fidelidad para con los cómplices de su robo, quitó parte del cuerpo de San Marcelino: bien que Hilduino le hizo restituir á Eginardo. Este colocó los santos cuerpos primero en Michlenstad, y despues creyendo haber reconocido por dos milagros que no era voluntad de Dios que permaneciesen allí, los trasladó al cabo de algunos meses al monasterio de Mulinheim ó Selgenstad, del cual tenia tambien la administracion. Era hombre letrado, y habiendo escrito entre otras obras la vida de Carlo-Magno y una parte de los anales de Francia, compuso la historia de estas traslaciones, en la que cuenta una larga serie de prodigios, que sucedieron en todos los lugares en donde distribuyó alguna parte de estas reliquias. Por el

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 44.* (2) *Tillem. tom. 1. pag. 199.*

mismo tiempo salió una infinidad de historias de mártires y varios santos, las que se esparcieron por todas partes, unas para hermosear las antiguas, y otras se hicieron nuevas porque faltaban. De aquí procedieron tantas leyendas apócrifas que dando á la verdad cierto aire de fábula, imposibilitaron á la sana crítica de hacer el discernimiento, y á la falsa crítica la dieron pretextos para despreciar sin distincion unas y otras.

34. Ansegiso, francés ilustre por su nacimiento y sus talentos, habia tenido la intendencia de los edificios del Emperador á las órdenes de Eginardo (1). Este dejó el mundo, y abrazó la vida monástica en la abadía de Fontenelle ó San Vandrillo, y despues fue abad de San Sisto de Rems, y de San Memmio de Chalons. Por su desinterés dejó el gobierno de estos dos monasterios, pero por la falta de sugetos, y por su prudente economía le buscaron para la abadía de San Flay ó San Germer, en la diócesi de Beauvais, reducida á la indigencia, y casi sin edificios algunos. En poco tiempo, no solo la restituyó á su primera comodidad, sino que halló modo de juntar abundantes granos y frutos, los que distribuía á los que tenían necesidad, y así desterró la miseria de aquel territorio. Por el amor al bien público le dió tambien el Emperador la abadía de Luxeu y la de San Vandrillo, que Eginardo acababa de renunciar. De este modo tuvo Ansegiso á un mismo tiempo tres abadías, y todas las puso en mejor estado que

(1) *Vit. S. Anseg.*

el que tenían. Fue tanto el bien que hizo en Fontenelle, que le comparaban á San Vandrillo y á San Ausberto. Se llevó allá algunos religiosos de Luxeu consumados en la virtud para establecer la regularidad, que se habia arruinado al mismo tiempo que los edificios y la subsistencia temporal, la que la dureza de algunos abades antecesores suyos habia negado á los monges. Proveyó magníficamente á sus tres monasterios de vasos sagrados y de toda especie de ornamentos de iglesia, y sobre todo de buenos libros, y en particular de las obras de los padres.

En esto gastaba con mucho gusto Ansegiso, el que con los talentos económicos juntaba el amor á las ciencias. Pensó en juntar en un cuerpo de obra los capitulares de Carlo-Magno y de Luis el Hermoso, que hasta entonces habian andado en pliegos sueltos; y como el Emperador Luis le empleó en muchas embajadas habia adquirido el discernimiento y las noticias convenientes para egecutar su proyecto, el cual pedia un hombre de estado. De este modo se hizo en poco tiempo muy célebre la coleccion de Ansegiso, y se le vé citado inmediatamente á su publicacion en los capitulares del Emperador Luis y de sus sucesores, como que gozaba de autoridad pública.

35. Murió el Papa Eugenio II en Agosto de 827, y poco tiempo despues le dieron por sucesor á Valentin, arcediano de la Iglesia romana, entronizándole contra la costumbre antes de consagrarle (1).

(1) *Ratram. C. græc. apost. lib. 4. cap. 8.*

Con la misma prisa le ordenaron de sacerdote, y despues de obispo; por mas que digan algunos autores poco reflexivos en este punto, y confundidos de antemano por Ratramo de Corbia, el que refutó en su tiempo esta imputacion de Focio. Creían deber colocar quanto antes un Pontífice muy querido del pueblo, y á quien siempre tenia consigo el último Papa; mas no tuvo tiempo para satisfacer á las grandes esperanzas que se habian concebido de su mérito, porque murió poco antes despues de su eleccion. Vacó la santa Sede por bastante tiempo, y verosimilmente hasta el siguiente año, en el que eligieron á Gregorio IV. sacerdote del título de San Marcos, y desde luego le entronizaron; mas para ordenarle tuvieron que aguardar al enviado del Emperador, á quien sin duda no agradó la precipitacion que usaron á favor de Valentin, bien que el nuevo Pontífice se opuso en quanto pudo á su propia elevacion, y fue preciso sacarle por fuerza de la Iglesia de San Cosme y San Damián, en la que buscó asilo su humildad. Duró su pontificado diez y seis años, y en ellos se ofreció mas del una ocasion de conocer que su aversion á las grandezas no le hacía menos proporcionado para las cosas grandes.

36. No contento con decorar las iglesias con la magnificencia de sus predecesores, dueños de buena parte de la Italia, hizo fortificar la ciudad de Ostia en la embocadura del Tiber contra las correnias de los sarracenos que saqueaban todas las islas y las costas vecinas. Los musulmanes de España, viéndose

cada dia mas estrechados por los cristianos que saliendo de Asturias habian llevado sus colonias hasta las islas de Grecia sin resistencia alguna, y habian desembarcado en muchas sin haber un navio que se les opusiese. Habiendo reconocido el buen terreno de Creta, resolvieron conquistarla ó morir allí hasta el último, y así que desembarcaron hizo su comandante quemar todos los barcos para que por fuerza desemeñasen su resolucion. En el sitio llamado Candax edificaron una ciudad que dió su nombre de Candia á toda la isla (1). De allí la recorrieron triunfantes sin dar á los naturales tiempo para respirar, y de tal modo se hicieron dueños, que de treinta poblaciones que sujetaron solamente la de Gortina conservó sus costumbres y su religion. Cirilo, que era su obispo, padeció un glorioso martirio porque no quiso dejar su fe.

37. Por otra parte los musulmanes de África invadieron la Sicilia, como en otro tiempo la España, con el favor de la incontinencia y traicion de un mal cristiano (2). Eufemio que mandaba en esta bella provincia (sujeta á los Emperadores de Constantinopla) algunas tropas, se enamoró de una religiosa, la sacó del convento, y se casó con ella con escándalo de todo el mundo. Los hermanos de aquella doncella deshonrada llevaron sus quejas al Emperador Miguel el Tartamudo, que en este artículo no era escrupuloso, como que habia cometido una disolu-

(1) *Post. Theoph. lib. 2. num. 21. pag. 46.* (2) *Id. num. 27. cap. 24. = Chron. Casf. lib. 1. cap. 11.*

cion semejante cuando se casó con Eufrosiana, nieta de la Emperatriz Irene, y religiosa en la iglesia del Príncipe. Este Emperador, mirando su hecho escandaloso como prerogativa de su clase, quiso castigar en otro lo que él hacia, y envió orden al gobernador de Sicilia, de que usase contra Eufemio de la severidad de las leyes cortándole las narices, que era la nota de infamia. Dieron á Eufemio secretamente esta noticia, y asegurándose de parte de las tropas resistió al primer esfuerzo del gobernador, y despues se retiró con el Eucir de Africa, y como si el descaro diera derecho al imperio, no siendo este atrevido más que capitán, se atrevió á pedir al Príncipe moro el título de Emperador con algun auxilio, y le prometió hacerle dueño de la Sicilia, y pagarle un gran tributo. El Emir, que no deseaba sino envilecer la potestad imperial, le concedió cuanto pedia. Fue el rebelde á presentarse á Siracusa con un ejército de mahometanos, y las insignias de Emperador. Asesinaronle poco despues, y se quedaron los árabes con la Sicilia, desde donde se verificaban muchos desembarcos, ya en la Calabria, ya en Lombardia, esto es en toda la Italia; así en la que pertenecia al imperio de oriente, como en la que permanecia bajo el yugo de occidente.

Gregorio IV emprendió una obra mayor que cuantas habian hecho sus antecesores: para hacer frente á sus correrías, y asegurar la embocadura del Tiber, por donde podian abordar con mas facilidad, reedificó para la pública seguridad la ciudad de Ostia en-

teramente arruinada. Convirtiéndola en una nueva reedificándola del todo, la llamó Gregorsópolis, la cercó de murallas mas altas y de fosos mas profundos que antes, la puso buenas puertas guarnecidas con rastillos, máquinas de arrojar piedras, y todos los instrumentos de guerra que entonces estaban en uso.

38. Los moros dirigieron todos sus esfuerzos contra el oriente, ínterin las fuerzas de este imperio se ocupaban en la guerra civil contra el Emperador Miguel y Tomás, que decia ser hijo de Irene. Cuando Miguel se posesionó del imperio habia llamado los confesores desterrados por la veneracion de las imágenes, sin embargo de que él ó creía lo contrario, ó vivia con una indiferencia, respecto de los principios elementales de la Religion, temiendo al mismo tiempo unas supersticiones que rayaban en la extravagancia. Cuando opinó que ya estaba afirmada su autoridad, principalmente despues de la derrota de Tomás, se declaró contra los católicos, y se pronunció grande perseguidor suyo. Dieron setecientos azotes al santo monge Metodio, que despues fue patriarca de Constantinopla y uno de los principales apoyos de la santa doctrina. Espiró en el momento San Eutimio, obispo de Sardis, ya célebre por su confesion, y por los destierros, y hubo además otras muchas violencias. Para estorbar que combatesen el error se cerraron las escuelas públicas, y se prohibió que los niños estudiasen, tomando ejemplo de los mahometanos, cuya tiranía no rehusaron seguir.

en favor de la impiédad que habian aprendido de ellos.

39. Ninguno pudo cerrar los labios de San Teodoro Estudita en este nuevo peligro, á quien habian llamado del destierro como á otros. Lo primero que hizo al llegar á las inmediaciones de Constantinopla, adonde le habian conducido como en triunfo monasterios y pueblos enteros, fue ir á rendir sus homenajes al santo patriarca Nicéforo, que estaba retirado en su monasterio de Calcedonia, mientras el usurpador Teódoto estaba en posesion de su silla. Apesar de la muerte de este intruso, no restituyeron la posesion al obispo legítimo, y ocupó su plaza el famoso iconoclasta Antonio de Silea, disfrutándola diez y seis años. Resolvió escribir al Emperador en favor de la buena causa San Teodoro, de concierto con el patriarca Nicéforo y algunos obispos dignos de serlo; mas como afirman los historiadores de aquel tiempo, era hablar con un sordo pretender convencer aquel Príncipe naturalmente frívolo, y que se habia convertido en perseguidor.

En vez de aterrar á Teodoro la persecucion, le tornó mas vigilante en precaverse contra el peligro de la seduccion con instrucciones y cartas elocuentes. No cesaba de inculcar á todos los fieles estas reglas fundamentales de la sana creencia, que no conferenciasen con los hereges declarados, ni tratasen de composiciones políticas en una materia superior á todo el poder humano: pues no variaban de asuntos temporales en los que podia juzgar el Emperador,

sino de la doctrina celestial confiada á solos aquellos á quienes se dijo: *lo que vosotros atareis sobre la tierra será atado en el cielo*; que es decir, á los Apóstoles, y á sus sucesores los obispos, y en particular al de Roma, que es el que tiene la primera silla, y despues á los de Constantinopla, á los de Alejandría y Jerusalem: que estas cinco cabezas componian la fuerza de la Iglesia, y debian ponerse al frente de todos los juicios sobre los divinos dogmas: que el deber del Soberano, y el de los magistrados consistia en darles la mano para poner en egecucion sus juicios. Que el modo de proceder canónicamente era reunir los príncipes de la Iglesia con los que defendian la verdad, y si no era posible tener legados del oriente, no habia la misma imposibilidad respecto del occidente; y aun cuando estos no concurriesen á la junta, no dejaria ésta de sentenciar válidamente en virtud de las cartas sinódicas que recibiese la primera Silla; y si no se podia celebrar la junta, era necesario enviar de una y otra parte á Roma, madre de todas las iglesias, en donde Pedro presidió el primero, y de allí se recibiria la decision cierta de la fe, como en todos tiempos se ha practicado.

He aquí los últimos monumentos de la generosa actividad de San Teodoro, que por último espiró, consumido de trabajos, á los sesenta y siete años de su edad. Consérvase de él un testamento, en el que despues de su confesion de fe prescribia á sus discípulos y á los abades sus sucesores reglas que á lo menos nos declaran la idea que conservaban aun en

oriente de la regularidad monástica. „No tendreis, dice al abad, nada propio, ni una sola pieza de moneda: no dareis los bienes de vuestro monasterio á vuestros parientes y amigos; todo debe ser para vuestros hermanos y vuestros hijos espirituales. No mantendreis esclavos ni para vuestra persona, ni para la comunidad, porque son hombres hechos á imagen de Dios como vosotros. Caminareis á pie ó montados en un asno, segun el exemplo de Jesucristo. No tolerareis entre los hermanos propiedad alguna ni de una aguja: saldreis rara vez, y no abandonareis vuestro rebaño como no os obligue la necesidad. No entrareis en los monasterios, y con ninguna religiosa contraereis amistad; no abrireis el vuestro á las mugeres, ni hablareis con alguna sin la presencia de dos testigos de una y otra parte, y si pudiera ser sin verla. No procurareis tener en particular tal compañero de celda, sino que os servirán diferentes hermanos: no se atesorará metálico en el monasterio; y se dará á los pobres todo lo sobrante de cualquiera especie que sea. No hareis nada en lo espiritual ni en lo temporal por vuestro propio juicio, sino que siempre tomareis consejo de dos ó tres personas de las mas instruidas, segun fuese la materia.” Tambien legó el santo abad á las religiosas que se la pidieron una instruccion sumaria en estos términos: „No formeis vuestro corazon por la vida tibia de la mayor parte de las religiosas que os cercan, y no lo son mas que en el nombre; y así como los grandes pintores no imitan sino las bellezas de la antigüedad, modeláos por los origi-

nales de los primitivos Santos que teneis á mano.”
Murió en su retiro pocos años despues que San Teodoro Estudita el patriarca San Nicéforo. Debémole una historia compendiosa de casi dos siglos, entre los escritos que le hacen ilustre, juntamente con la constancia en la fe y en la práctica de todas las virtudes; esto es, desde la muerte del Emperador Mauricio hasta el tiempo de Irene.

El Emperador Miguel, sin embargo de su indiferencia en punto de Religion, ó por mejor decir, á pesar de su religion monstruosa, y tan semejante á la de Constantino Coprónimo, á quien parece intentó imitar, pretendió colorear la tiranía que egercitaba con los vasallos ortodoxos, intentando ponerlos en contradiccion con los de la iglesia de Francia (1). Envió embajadores á Luis el Hermoso bajo el pretesto de confirmar la alianza entre los dos imperios, con una carta que contenia esta inscripcion: „Miguel Teófilo (este era su hijo asociado al imperio) fieles á Dios, y Emperadores de romanos, á nuestro querido y honrado hermano Luis, Rey de los franceses y de los lombardos, llamado su Emperador.” Despues de afirmar que ansiaba conservar la paz con los franceses, quiere justificar las violencias que obra con los católicos de oriente, y cuenta muchas prácticas supersticiosas é inescusables para hacer aborrecibles á los ortodoxos, acusándolos generalmente de ellas. Así el espíritu de la heregía, que siempre va guiado del espíritu de la mentira, no tiene mas re-

(1) *Post. Theohp. lib. 2. num. 10. pag. 44.*

curso que las invenciones calumniosas, ó las imposturas generales por algunos abusos privados, y casi inevitables en las cosas mejores. Este Emperador instruido de las preocupaciones que en esta materia habia en Francia, procuraba solo aumentarlas. Tal maniobra era la mas al propósito para prolongar allí las disposiciones poco favorables respecto del último concilio de Nicea, al que Miguel llamándole concilio local y concilio iconoclasta de Constantino Coprónimo, parecia autorizarse con algunos doctores de la Grecia, aun de los mas católicos, y principalmente con San Teodoro Estudita, que se habia servido de esta espresion. Con efecto, el no adherir una porcion tan considerable de la Iglesia como el imperio francés y algunas otras naciones del occidente, fue causa de que algunos lo mirasen como aquellos concilios ecuménicos que adquirieron la autoridad con la aceptacion suficiente de diferentes iglesias.

40. Juzgando el Emperador Luis que todo lo pondria en paz, reunió el año 825 en su palacio de París los hombres mas sabios del reino, con el fin de aclarar la cuestion, bien que la decision de estos se habia de remitir á la Cabeza de la Iglesia (1). Los prelados que se reunieron hicieron mas de lo que se les pedia; y gobernándose por el falso informe de los griegos, por ignorar los hechos, condenaron indistintamente el conciliábulo de Coprónimo y el séptimo concilio. Quitaban el culto dado á las imágenes á lo menos de palabra, pero al mismo tiempo en el

(1) *Conc. Gall. cap. 7. pag. 109.*

hecho y la práctica los veneraban, disponiendo que se las colocase con honor en las iglesias, así para que sirviesen de decoracion como para que recordasen los fieles las virtudes de los Santos que las imágenes representaban. Tampoco estaban de acuerdo entre sí los diferentes doctores en el modo de esplicarse, porque los mas ilustrados, que eran los mas, decian, que se les debia conceder alguna especie de honor, y solo prohibian el culto escesivo, que por el mal informe suponian que los griegos lo tributaban á las imágenes. Usaron de prudente economía los Sumos Pontífices, y procuraron atraer con suavidad aquellos doctores preocupados á las observancias recibidas en la Iglesia sin pensar en separarlos de su comunión. Recibieron, pues, Francia y Alemania el concilio de Nicea, tomándose tiempo para examinar el asunto, y viendo las imposturas abandonaron las preocupaciones que habian sido causa de que no le admitiesen los padres de Francfort y los de la conferencia de París.

41. Púsose en claro esta cuestion principalmente con motivo de los sucesos en que se precipitó Claudio, obispo de Turin (1). Era este de nacion español, y habia bebido el amor á las novedades en la escuela de Felix de Urgel; y habiendo perdido la fe que es indivisible, abrazó fácilmente los errores de los iconoclastas, y se escedió mas que la mayor parte de estos. Habia ocultado su opinion, temiendo que con ella no lograria elevarse en la clerecía; pe-

(1) *Mabill. præf. in sæc. 4. num. 25.*